

AL COSTADO, MÁS ACÁ : THOMAS DE QUINCEY Y SU UBICACIÓN EN EL CANON DEL ROMANTICISMO INGLÉS

Jerónimo Ledesma

Universidad de Buenos Aires - Conicet
bustro@hotmail.com

RESUMEN

Por la fecha de su nacimiento, De Quincey quedó ubicado junto a los poetas de la segunda generación romántica, Hunt, Byron, Shelley, Keats, Peacock, etc. Pero su recorrido biográfico lo acercó a los Lake Poets, en especial a Wordsworth y Coleridge. El trabajo repone algunas conexiones históricas entre De Quincey y esos dos poetas de la primera generación y propone algunas hipótesis sobre las repercusiones del vínculo. La hipótesis principal es que la situación de lector e intérprete, producto de su marca generacional, habría enfrentado a De Quincey, en tanto autor, con la experiencia de las mediaciones del lenguaje, la historia y la publicidad. El modo de sus críticas a los Lake Poets estaría sustentado en esa experiencia. Éste –la compleja relación con los laquistas- sería uno de los factores más importantes, junto con el estudio de los alemanes, la tradición satírica y el trabajo periodístico, para el desarrollo posterior de su poética.

INTRODUCCIÓN

No debemos tratar de emparchar el pensamiento crítico de De Quincey, sino prepararnos para seguir sus excentricidades, si es que queremos lograr una estimación justa de su significado.

Daniel Sanjiv Roberts: Revisionary Glean

Esta comunicación tratará de reponer algunas relaciones tempranas entre De Quincey y dos poetas de la Lake School, Wordsworth y Coleridge. El subtítulo es excesivo. No abordaremos la ubicación de De Quincey en el canon del romanticismo inglés, lo que implicaría un estudio de envergadura faraónica, sino, simplemente, algunos aspectos de la relación entre De Quincey y los poetas del canon que gravitarán –propongo- en la formación de los rasgos característicos de su poética. Rasgos tales como el uso de disgresiones, el

dudoso manejo de fuentes, la combinación de crítica y autobiografía, la ironía y la comicidad. Debemos advertir, sin embargo, que estos rasgos también deben ser remitidos a otros factores de la formación de De Quincey, además de su relación con los laquistas y su colocación generacional, como el estudio de los alemanes y su trabajo periodístico, que no consideraremos aquí.

I

El otro día cené en casa de Hamilton con dos laquistas violentos: uno era Wilson; el otro, un amigo de él, una criatura extraña. Su nombre es De Quincey. Estuvo en Worcester. Pero luego de aprobar la mitad de los exámenes de graduación, que no han sido nunca igualados, según se dice, le tomó fobia a las escuelas y huyó hacia los Lagos. Allí trabó un lazo muy estrecho con Wordsworth y sus pares. [...] Él y Wilson estaban tremendamente entusiasmados con la Excursion (Lindop, Grevel 1993: 214).

Esta anotación es de 1814 y pertenece a un periodista de Edinburgo, un tal Gillies. De algún modo, nos dedicaremos a glosarla. Nos servirá de referencia para volcar la información del vínculo entre De Quincey y los laquistas, así como para pasar de los datos a las hipótesis sobre las repercusiones de ese vínculo.

Como Hamilton, el dueño de casa, y John Wilson, el otro "laquista violento", Gillies pertenecía a un joven círculo intelectual de la ciudad escocesa de Edinburgo. Wilson había conocido a De Quincey en la región de los Lagos, en el norte de Inglaterra. De Quincey residía principalmente allí desde que había abandonado Worcester, un mediocre college de Oxford, en 1808, pero cada tanto viajaba a Londres y Edinburgo, como esta vez. Wilson y De Quincey se habían vuelto íntimos amigos y coincidían, como bien registra Gillies, en una temprana devoción: William Wordsworth, autor con Coleridge de las Baladas Líricas.

Las Baladas Líricas y en especial el prefacio de la segunda edición de 1800, ocasionaron una de las más intensas polémicas del período. El prefacio –inspirado por Coleridge, escrito por Wordsworth– proponía una teoría estético-psicológica sobre el lenguaje poético que atacaba a la poesía característica del siglo dieciocho. Los poemas de las Baladas habían sido ideados, según Wordsworth, para investigar en qué medida era posible producir placer

poético "adaptando a la métrica una selección del lenguaje real de los hombres en un estado de sensación vívida" (Wordsworth 1999: 30). Se poetizaba "la vida baja y rústica", esto es, la de los campesinos pobres, porque "en esa situación las pasiones del corazón encuentran mejor suelo para madurar, están menos reprimidas y se expresan de un modo más llano y enfático" (Wordsworth 1999: 36). Abrevando en la vida baja y rústica era posible, pues, acercarse al lenguaje real de los hombres, un lenguaje apasionado y natural, cuyos principios sanadores la poesía sólo tenía que reproducir en su propio cuerpo, la imaginación del poeta. La vida artificiosa de las clases medias urbanas, en cambio, era incompatible con un lenguaje poético real.

En su *Biographia Literaria*, quince años después, Coleridge se propuso, entre otras cosas, "zanjar la larga polémica sobre la auténtica naturaleza de la dicción poética" (Coleridge 1975: 2). Los argumentos de Coleridge intentaban refutar el concepto de que el "lenguaje real" de los hombres estaba asociado a "la vida baja y rústica". Para Coleridge, el lenguaje de cada hombre es una combinación de su personalidad, su clase social y el patrimonio universal, lógico, de la lengua. Y si se omite lo peculiar de cada uno, queda "lo común a todo lenguaje". Por eso, propone sustituir el término "real" por "ordinario" o todo el compuesto por "lingua communis" (Coleridge 1975: 83). Además, en el caso de que se deba seleccionar una parte específica del lenguaje humano, no debe ser el habla empobrecida de las personas sin educación, sino lo que la educación ha producido por la "reflexión sobre los actos de la mente". (Coleridge 1975: 81). Estos argumentos descansaban sobre una serie de reflexiones filosóficas producidas con el auxilio del idealismo alemán que Coleridge venía meditando desde su retorno del viaje a Alemania en 1799.

Tanto los argumentos de Wordsworth como los de Coleridge se inscribían en tradiciones previas de pensamiento teórico (Cf. Abrams, M. H. 1962: 151-184;). Pero lo que nos interesa aquí es que sus explicaciones desalojaban, en los dos casos, las motivaciones políticas que habían constituido la base de sus primeras elecciones estéticas. Wordsworth, Coleridge y Southey pertenecían a la generación de aquellos que rondaban los veinte años cuando estalló la revolución en Francia. Los tres habían simpatizado con ella en forma activa, realizando viajes, periódicos, poemas y proyectos. Pero con el cambio de escena (la guerra, el terror, la represión nacional), pasaron del radicalismo disidente al torismo conservador. Esta conversión política coincidía con el debilitamiento de sus ambiciones de grupo y la acentuación de los proyectos individuales. Las sucesivas revisiones de las *Baladas* y del propio prefacio, así como las reflexiones de Coleridge que desembocaron en la

Biographia Literaria, pueden interpretarse como instancias de una doble negociación: una negociación pública del momento radical con la conversión tory; y una negociación de identidades individuales entre las distintas voces que habían integrado la Lake School. ¹

La negociación pública del pasado era una exigencia inescapable. El converso siempre es sospechoso, porque conoce lo que abandona y puede conservar algún lazo con ello. Pero más en tiempos de guerra, cuando la situación política presiona discursos y acciones según la lógica excluyente de aliados y enemigos. La denominación "laquistas" ("laker"), que les aplicó Gillies a Wilson y De Quincey, era familiar para la opinión pública desde comienzos de siglo, pero en especial para los lectores escoceses, ya que su fabricante había sido un conocido compatriota: Francis Jeffrey, crítico y editor de la *Edinburgh Review*. Las diatribas y ataques de este medio liberal nos recuerdan que el discurso crítico de la época estaba regido por la violencia facciosa; y de hecho, las publicaciones que surgirían después de la *Edinburgh*, como la *Quarterly*, aun cuando fueran sus contrarias, reproducirán sus modos, certificando que eran los modos en que se manejaba en general la crítica pública. ² En 1802, con el lanzamiento de la revista, Jeffrey denunció a la Lake School como una "nueva secta de poetas disidentes con respecto a los sistemas establecidos de poesía y crítica". Esta agrupación simbólica de los poetas en una camarilla que no sólo compartía una pasión por el arte, sino que fundaba esa pasión en un programa revolucionario y que lo hacía, además, clandestinamente, devolvía a las Baladas el ethos político transgresor que el prefacio y las revisiones y las nuevas obras buscaban limar y disolver. En la *Biographia*, Coleridge contraatacó indicando los "falsos principios" que regían en las publicaciones periódicas. Y condenó, con particular acrimonia, el uso de información sobre el autor ajena al texto criticado. Cuando eso ocurre, escribió Coleridge, el crítico asume "la forma más despreciable a la que se puede rebajar una criatura racional: la del chismoso, el difamador y el panfletista." (Coleridge 1984, II, 110).

En este plano, las estrategias que implementaron Wordsworth y Coleridge para desvincularse del sospechoso jacobinismo, aunque diferentes entre sí, tuvieron un factor común: buscaron distinguir sus figuras de las otras posiciones radicalizadas y de aquellos que los acusaban de compartirlas, remitiéndose a principios trascendentes, extemporáneos, y sepultando todo lo que no se amoldara a ellos en la caótica realidad. En Wordsworth, el pueblo de Westmorland y su pretensión de un lenguaje verdadero, natural, comunitario, tocado por las pasiones, funcionó como contrapartida de las audiencias urbanas radicales, que amenazaban la estabilidad pública con su lenguaje abstracto y corrompido. En

Coleridge, en cambio, fueron las instituciones combinadas de la lectura, la filosofía y la religión, mediaciones que organizaban el presente según principios universales, las que buscaron conjurar los flujos de la época. Su adscripción a la política de Burke, al idealismo alemán y a la bibliolatría operaban en esta dirección (Cf. Klancher, Jon 1987: 137-170).

II

De Quincey era un gran admirador de Wordsworth y era políticamente conservador y reaccionario, pero había nacido en 1785 y esto le permitía ver los eventos de los 1790s en una perspectiva histórica distinta de la que estaba disponible para la primera generación.

Dawson: Poetry in an Age of Revolution

De Quincey, quince años menor que Wordsworth, tenía cinco con la revolución y era un adolescente de trece cuando las Baladas vieron la luz en la edición anónima de 1798. En el '99, leyó con entusiasmo algunas piezas aisladas en copias manuscritas. Y desde entonces abrigó la idea de entrar en contacto con los poetas de Westmorland. En 1801, pudo comprar la segunda edición, que contenía el polémico prefacio y revelaba a Wordsworth como su autor. Y poco más tarde, en el círculo liberal de Liverpool, supo que Coleridge era el anónimo amigo al que aludía Wordsworth; y acaso por esa misma vía se enteró también del pasado radical de los poetas (Roberts, Daniel 2000: 81). Cuando en 1802 se escapó de la escuela en la ciudad industrial de Manchester, llevaba –según dice en las Confessions- su ejemplar de las Baladas en el bolsillo. Tendría que esperar hasta 1807 para conocer en persona a Coleridge y Wordsworth y entrar, finalmente, en el seno de Los Lagos –su temor a ver a sus ídolos así lo dispuso-, pero ya en 1803 (con dieciocho años solamente) comenzó una relación epistolar con Wordsworth. En su primer carta le decía cosas del estilo: "toda la suma de placer que recibí de otros ocho o nueve poetas que pude leer desde que comenzó el mundo se queda infinitamente corta frente a la que me proporcionaron esos dos pequeños volúmenes" (Lindop, Grevel 1993: 103).

De Quincey era demasiado joven para ser un poeta de los Lagos. No vivía su misma angustia de desencantos y conversiones. Su torismo era genuino; sólo podía verse

sospechado por la misma vinculación con la "secta" que denunciara Jeffrey y por su trayecto oblicuo de fugas y opios. La marca generacional y las vueltas de la vida, a su vez, lo habían convertido en un obligado lector de las Baladas y, por extensión, en un intérprete de sus autores. Un poco antes de la anotación de Gillies, también en 1814, Crabb Robinson había observado que De Quincey era "demasiado un discípulo y un admirador para tener algo propio" (Lindop, Grevel 1993, 210). Pero lo propio en De Quincey se formará, justamente, en la reescritura de su discipulazgo y su admiración laquistas, en la explotación de las mediaciones de sentido que se interponen entre su experiencia y la de sus mayores, en los valores que descubre en cierta inadecuación de su discurso discipular.

A pesar de su admiración por las Baladas, De Quincey no practicó la poesía. Los verdaderos sucesores de Wordsworth, Southey y Coleridge en ese campo fueron los que se declararon sus enemigos públicos: Byron, Shelley, Keats, Leigh Hunt, Cornelius Webb, entre otros. Sus textos críticos, públicos o privados, abundan en discusiones sobre, ataques contra y alabanzas de, los poetas laquistas, como si tuvieran que medirse permanentemente con ellos para producir sus propias obras. Leigh Hunt, el publicista de la nueva generación, sostenía que los nuevos poetas "integraban una escuela que se había formado con los laquistas pero que estaba preparada, también, a ir más lejos" (Cox, Jeffrey 1999: 23). En la Excursion, el texto de 1814 en que Wordsworth expresaba su crítica reaccionaria más poderosa (su coyuntura concreta era el triunfo de los aliados en París), los poetas de la nueva generación vieron el blanco más perfecto para sus ataques.³ Pues el programa de la segunda generación incluía un rescate de aquellas ideas de la juventud radical que los laquistas tories habían decidido rechazar de plano (Dawson 1993: 50); y eso no quedó sin respuesta en el ámbito periodístico. Como Jeffrey en 1802, algunos críticos de la Blackwood's Magazine, entre los cuales se encontraba John Wilson, el amigo de De Quincey, realizaron violentas embestidas contra la nueva generación. La Blackwood's, de hecho, acuñó el nombre "Cockney School" para designarla, y a la vulgaridad lunfarda de los londinenses opuso la naturaleza "real" de los laquistas. Tan curioso como esto es que Southey, totalmente integrado al discurso de la censura oficial, denunciara en 1819 a una "Escuela satánica" -Byron y compañía- que "se rebela contra los más santos deberes de la sociedad humana" y que presenta "la perversión con formas atractivas" (Morgan, Peter 1983: 101; Butler, Marylin 1993: 141).

De Quincey era demasiado laquista para ser Cockney o Satánico. A diferencia de estos poetas de la segunda generación, no intentó destronar y sustituir a los Lake Poets. Su

condición interna de discípulo, admirador e intérprete lo hizo (y le permitió) desarrollar una estrategia de enunciación crítica que capitalizaba la experiencia de la mediación del lenguaje, la historia y la publicidad. Aquello que Wordsworth encontró en la naturaleza, De Quincey lo encontró en la escritura de Wordsworth sobre la naturaleza, como propone Russett. Y en el plano de la política, De Quincey quedará en posición de denunciar falta de perspectiva en sus mayores. "¡Qué insensato querer medir los ciclos de las vastas revoluciones nacionales con parámetros que no alcanzan siquiera para una vida humana!", escribió criticando la *Excursion* de Wordsworth en 1845 (De Quincey 1880: V, 255). La experiencia de las mediaciones iba a transformarse con el tiempo en su poética. Figuras como la del traidor, el drogadicto y la sociedad secreta; procedimientos como la traducción, la disgresión, la ironía y la caricatura, elementos que serán centrales en De Quincey, acaso deban ser remitidos a esta experiencia. Todos ellos, sin duda, suponen una conciencia de que se está en un lugar segundo y de que ese lugar es el de la lectura y la crítica. En De Quincey, la crítica siempre adopta una posición revisionista con respecto al pasado, no porque haya que revisar el pasado con los parámetros del presente, sino porque el pasado siempre revela las huellas (y los errores) de su condición histórica. Algo parecido puede decirse con respecto a su aproximación al lenguaje y a la memoria.

En su vena de intérprete, De Quincey escribirá contra las estrategias de negociación pública de los laquistas: la supuesta transparencia natural del lenguaje real de los hombres en Wordsworth y el remedio de las instituciones y los principios universales en Coleridge. A lo primero opondrá la obligada mediación del aprendizaje; a lo segundo, los casos de excepción brindados por la experiencia, que quitan a los enunciados universales y a las instituciones cualquier pretensión de validez ahistórica. Como se ve, De Quincey empleó argumentos de Coleridge para criticar a Wordsworth, pero, al mismo tiempo, criticó a Coleridge, quien se había postulado como el verdadero intérprete de Wordsworth. Un momento positivo, de máxima concentración de todas estas cuestiones, puede encontrarse en el artículo "Style", de 1840. Allí, De Quincey denuncia la falta de conciencia del estilo en los ingleses, ocasionada por el crecimiento de la industria periodística. Pero no manda a sus lectores a la vida baja y rústica de los lagos para buscar el lenguaje real de los hombres, sino a las cartas de las solteronas vírgenes de clase media: en ellas, en su situación, la fuerza del sentimiento real elimina toda tentación de afectar un falso sentimiento y lenguaje inglés brilla en toda su pureza. Eso sí, siempre y cuando dichas mujeres no sean escritoras profesionales. (De Quincey 1880: XI, 171).

A su vez, si los laquistas se esforzaron por expulsar el pasado, reescribiéndolo permanentemente, él, laquista tardío y "violento", construiría su poética en la permanente reescritura de su propia memoria e imaginación. Eso implicaba hacer conciente y visible -esto es, público y confeso- un mecanismo que los laquistas deseaban ocultar. Esto se ve con claridad en la combinación de vida y literatura que impregna la mayor parte de su obra, no solamente los textos autobiográficos, sino también los textos críticos y ficcionales.

Confessions of an English Opium-Eater puede ser leído en este sentido, como puesta en escena de las mediaciones en su relación con los laquistas. El opio funciona allí como el símbolo tanto de las mediaciones como de la posibilidad de construir una poética, un sentido literario, personal y público, en las mediaciones mismas. El texto de las *Confessions*, además de ser el testimonio retrospectivo de cómo De Quincey comenzó y desarrolló su carrera opiáceo-intelectual de 1800 a 1821, es su inicio en el gran mundo literario, su primera publicación londinense.⁴ Como se lee allí, mientras el camino trazado por sus primeras lecturas tenía como meta a Wordsworth y los Lagos, la experiencia del vagabundeo, que lo apartó de la meta, habría de conducirlo al opio, disponiéndolo para identificarse y apropiarse de la figura de Coleridge. Así, la relación con los laquistas habría quedado viciada desde el comienzo por esta relación con el "ídolo oscuro", que transformaba al incondicional admirador en un Coleridge parasitario. En efecto, si algo había buscado Coleridge con sus recurrentes apologías, fue escapar de la condena a la que no sólo sus enemigos sino sus propios amigos lo sentenciaban, ya no por la conversión tory, sino por el consumo de opio. Pero al revés de Coleridge, De Quincey trataría de mostrar el "crecimiento de la mente" de un intelectual... consumidor de opio. Si se aceptan las sugerencias de que *Confessions* descansa sobre el modelo del *Prelude* y se tiene en cuenta la estrecha relación con la *Biographia Literaria*, puede pensarse que De Quincey, en este caso, habría utilizado el modelo de Wordsworth para criticar a Coleridge.⁵

III

Pero en 1814, cuando Gillies cenó con De Quincey, éste no había publicado nada todavía. Habría que esperar hasta el '18 para sus primeros textos y hasta el '21 para las *Confessions*. Sin embargo, la presencia del opio ya era uno de los rasgos con que se identificaba a De Quincey públicamente: estaba escrito, digámoslo así, en su tarjeta de

presentación. Iba junto con su condición de "violento laquista". En nuestra cita de Gillies, al principio, quitamos un fragmento importante, que reponemos a continuación, con la esperanza de que la glosa haya sido eficaz:

El otro día cené en casa de Hamilton con dos laquistas violentos: uno era Wilson; el otro, un amigo de él, una criatura extraña. Su nombre es De Quincey. Estuvo en Worcester. Pero luego de aprobar la mitad de los exámenes de graduación, que no han sido nunca igualados, según se dice, le tomó fobia a las escuelas y huyó hacia los Lagos. Allí trabó un lazo muy estrecho con Wordsworth y sus pares. Después de cenar, puso sobre la mesa dos tabaqueras; en una había, según pude observar, pastillas de opio; se tragaba una cada tanto acompañándola con media botella de vino. Él y Wilson estaban tremendamente entusiasmados con la Excursion (Lindop, Grevel 1993: 214).

NOTAS

1 La bibliografía sobre este tema ha sido muy numerosa luego de que el neohistoricismo se dedicara a revisar a los románticos. Se pueden consultar con provecho los trabajos de Butler (1988), Izenberg y Thompson.

2 "Criticism, then, has become a locus of political contention rather than a terrain of cultural consensus." (Eagleton, Terry 1996: 39) Sobre Jeffrey, la Edinburgo y el medio político, consultar también: Wellek 1962: 130-141; Morgan 1983: 1-39; Butler 1993: 130-138; Klancher 1987: 47-75.

3 "In The Excursion they found a poem appropriate to Wordsworth's image for it – a poem which aspires to permanence in a traditional, institutional, orthodox, christian vein." (Butler, Marilyn 1988: 139).

4 El texto estaba originariamente prometido para la Blackwood's Review, la misma revista que anatémizó a la Cockney School. Pero en un intercambio epistolar con el propio William Blackwood, De Quincey rompió relaciones con él. Necesitado de dinero, llevó las

Confessions a la publicación enemiga, la London's Magazine. (Lindop, Grevel 1993: 238-245).

5 Llegados a este punto deberíamos emprender un análisis de las operaciones que De Quincey realiza en el corpus de textos sobre los Lake Poets. La tarea queda fuera de las posibilidades de esta exposición y ya ha sido encarada por otros críticos, como Russett y Roberts. Pero esperamos presentar pronto nuestra propia contribución.

BIBLIOGRAFÍA

Abrams, M. H. (1962). El espejo y la lámpara. Teoría romántica y tradición clásica. Buenos Aires, Nova. (1a ed. en inglés: 1953.)

Bourdieu, Pierre. (2003). Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto, trad. Alberto C. Ezcudia, Buenos Aires, Quadrata.

Butler, Marylin. (1988). Romantics, Rebels & Reactionaries. English Literature and its Background. 1790-1830, Oxford, Oxford University Press.

Butler, Marylin. (1993). "Culture's medium: the role of the review", en Stuart Curran (ed.), The Cambridge Companion to British Romanticism, Cambridge, Cambridge University Press, p. 120-147.

Coleridge, S. T. (1984). Biographia Literaria, Princeton University Press.

Coleridge, S. T. (1975). Biographia literaria, trad. E. Hegewicz, Barcelona, Labor.

Cox, Jeffrey. (1999). Poetry and Politics in the Cockney School, Cambridge University Press.

Dawson, P. M. S. (1993). "Poetry in an age of revolution", en Stuart Curran (ed.), The Cambridge Companion to British Romanticism, Cambridge, Cambridge University Press, p. 48-96.

De Quincey, Thomas. (2003). *Las confesiones de un opiómano inglés*. Trad. Francisco Cusó. Buenos Aires, Quadrata. (La traducción sigue la primera edición en libro de 1822).

De Quincey, Thomas. (1880). *De Quincey's Works*. Edinburgh: Adam & Charles Black. XVI vols.

Eagleton, Terry. (1996). *The Function of Criticism. From The Spectator to Post-Structuralism*, London, New York, Verso.

Holmes, Richard. (1990). *Coleridge. Early Visions*, New York, Penguin (Viking).

Jordan, John. (1973). *Thomas De Quincey Literary Critic. His Method and Achievemernt*. New York, Gordian Press.

Klancher, Jon P. (1987). *The Making of English Reading Audiences, 1790-1832*, Wisconsin (USA), The University of Wisconsin Press.

Lindop, Grevel. (1993). *The opium-eater. A life of Thomas De Quincey*, London, Weidenfeld. (1a ed.: 1983).

Morgan, Peter F. (1983). *Literary Critics and Reviews in Early 19th-Century Britain*. London & Canberra, Croom Helm.

Perkins, David (1990). "The Construction of "The Romantic Movement" as a Literary Classification", en *Nineteenth Century Literature*, Volume 45, n° 2, septiembre, 1990. Disponible por suscripción en <http://www.ucpress.edu/scan/ncl-e/452/>

Praz, Mario. (1976). *La literatura inglesa. Del romanticismo al siglo XX*. Trad. Carlos Coldaroli. Buenos Aires, Losada.

Roberts, Daniel Sanjiv. (2000). *Revisionary Gleam. De Quincey, Coleridge and the High Romantic Argument*. Liverpool University Press.

Russett, Margaret. (1997). *De Quincey's Romanticism: Canonical Minority and the Forms of Transmission*. Cambridge: Cambridge University Press.

Saintsbury, George. (1957). Historia de la literatura inglesa. Desde mediados del siglo XVIII hasta nuestros días, trad. José Rovira Armengol, Buenos Aires, Losada.

Wellek, René. (1962). Historia de la crítica moderna (1750-1950). El romanticismo, trad. J. C. Cayol de Bethencourt, Madrid, Gredos. (1a ed. en inglés: 1955.)

Wellek, René. (1972). Historia de la crítica moderna (1750-1950). Los años de transición, trad. J. C. Cayol de Bethencourt, Madrid, Gredos. (1a ed. en inglés: 1965.)